

# LA ENSEÑANZA NAVAL MILITAR

EL COLEGIO MILITAR Y LA ESCUELA NAVAL MILITAR

Estudio del Capitán de Navío LEOPOLDO HERNANDEZ ACEVES, Miembro de la Comisión Técnica de la Secretaría de Guerra y Marina.



S lícito desear que el pensamiento, sereno y triunfador, sea el que gobierne el mundo; pero para esto necesita el soporte inmovible, el instrumento irresistible y el arma poderosa de la acción. Cualquiera que sea el ideal que se pretenda modelar para la vida humana sólo es fecundo con el entusiasmo y el esfuerzo, factores esencialmente dinámicos que constituyen los verdaderos coeficientes de vitalidad de un individuo o de una raza. Saber es útil o perjudicial, ya sea que se trate de un hombre o de toda una civilización, si no se dispone, además, de la fuerza moral y de la fuerza material: querer y poder.

El Colegio Militar y la Escuela Naval Militar son los únicos planteles que se destinan para forjar en el yunque del deber y en el culto del honor a las futuras generaciones destinadas para hacer la Historia Patria: en el Colegio, aquellos niños que sucumbieron legaron a los hombres una antorcha que señala a la planta invasora el camino de la gloria; en la Escuela, sus camaradas presentan los pechos infantiles como una coraza de temple y dureza que no poseen los blindajes de la poderosa escuadra...

Si la ley fatal del atavismo es un hecho, nuestros planteles están consagrados por el heroísmo de los niños, y a nosotros, los que oficiamos en esos templos del honor y del saber, corresponde mantener vivo el fuego sacro de la idea por la acción.

La enseñanza, la enseñanza militar especialmente, formará a los futuros soldados, a los hombres que, saturados de voluntad para la acción, activa o pasiva, para mandar y para obedecer, representen al soldado en la acepción ideal de la palabra.

Al inculcar enseñanza tan trascendental, se creará o se mantendrá en ella el equilibrio y la convergencia de los tres grandes elementos de la potencia humana: el instinto, la comprensión y la acción.

«Es en la escuela (asienta Gustavo Le Bon),

donde actualmente se forman los descontentos y los anarquistas y se preparan para los pueblos latinos las horas próximas de la decadencia.» Es indiscutible que los vacíos y las taras de la enseñanza actual tienen una parte importante en el crecimiento del número de agitadores o de los inadaptables en la sociedad moderna; sin embargo, todavía hay mucha vitalidad, aún existen demasiadas aspiraciones generosas y sólido buen sentido en nuestra raza, para que se cumpla el sombrío pronóstico de Gustavo Le Bon.

El mismo pensador afirma que es la escuela la causa de esta anomalía: el educando no hace en ella más que aprender de memoria sus textos, sin ejercitar jamás su juicio y su iniciativa; para él la instrucción consiste en recitar y obedecer.

En efecto, el criterium actual para la educación pedagógica, consiste en exigir a los alumnos que tal día, sentados en su pupitre, o frente a un pizarrón y durante varias horas, sean repertorios parlantes de un grupo de ciencias. Lo son, pero en ese día y por varias horas solamente, pues transcurrido un mes ya no lo serán, porque ya no podrán sustentar el mismo examen.

Sin duda alguna la memoria es muy útil en la vida; pero tan útil como ella son necesarios el juicio y el carácter y lo serán más y más cada día.

Este defecto esencial de nuestra enseñanza lo han hecho notar algunos autores: «Nuestras escuelas no procuran la solidez del buen sentido, de la voluntad y de los nervios; los educandos, al entrar al mundo y dar sus primeros pasos en el campo de las actividades, sufren caídas dolorosas que les anonadan por mucho tiempo»... «Es porque nuestro sistema educativo sirve para fatigar a la juventud, para matar su iniciativa.»

Un paréntesis: se nos preguntará, ¿y la ciencia? Más apremiante que la ciencia es la conservación y la prosperidad material de la raza; por encima de la ciencia está el equili-

brio moral del individuo y de la sociedad; el interés general y el interés individual sufrirán infinitamente menos, contando, en las circunstancias actuales de la lucha por la vida, con hombres de pensamiento, educados como hombres de acción, que contando con hombres de acción educados como hombres de pensamiento.

En verdad, un análisis imparcial del programa de enseñanza actual nos demuestra que desgraciadamente estamos muy lejos del objetivo: los métodos pedagógicos puestos en práctica están manifiestamente atrasados respecto a la orientación netamente positiva y realista que siguen los procedimientos modernos de investigación y de acción: ayudar a los espíritus jóvenes para adquirir el sentido del método y el sentido de la realidad; el método para emplearlo como un medio de adaptar con el máximo de eficacia el mecanismo de nuestro entendimiento a los contornos de la realidad.

Se ha iniciado la enseñanza actual con el procedimiento de recurso de la selección de profesores y de alumnos. De hecho, este tamiz segrega a la materia prima (a los candidatos a alumnos), sentando un precedente nefasto: no es la prueba de admisión la que, al poner en evidencia la memoria de un adolescente, lo consagra para el ejercicio de la noble carrera de las armas, en mar y en tierra; con excepción de sus cualidades físicas, es el colegio, es la escuela, adonde deberán modelar a esos candidatos que vinieron con cerebro magazín para transformarlos en cerebros instrumentos; así es que, desechando a los inútiles, no se selecciona a los ineptos...

El ejercicio de las funciones pedagógicas requiere cualidades psicológicas de un orden completamente diferente a las que caracterizan a la erudición; la erudición pura, el valor científico o técnico de un maestro de enseñanza primaria o secundaria no se adaptan a la enseñanza militar, ésta exige que desde su principio los educandos tengan el ejemplo de hombres saturados de voluntad para la acción, de soldados, de hombres que sienten el entusiasmo por la carrera de las armas, pues de otra manera nuestros planteles vendrían a ser, psicológicamente, sucursales de la Escuela Normal.

Las reformas más necesarias en los métodos de enseñanza sólo pueden implantarse progresivamente y, en cierto modo, por aproximaciones sucesivas, en virtud de la inercia inevitable de las instituciones humanas, inercia

que es indispensable para su propia estabilidad.

En efecto, al deducir los casos particulares de los principios generales que se han establecido como bases de las ciencias, se concreta uno, en realidad, a descender por la vía lógica que contrariamente han debido subir penosamente por inducción los sabios y los investigadores que han colaborado para formular los principios generales y en los casos particulares (o sea en la práctica), como en la acción científica en todas sus formas, el trabajo más importante y más difícil es de orden inductivo.

Si admitimos que sea posible formar al alumno por el método deductivo, es de todo punto indispensable, cuando se presente un caso particular, obligarlo a practicar la operación inversa de ascender con sus propios recursos la vía mental que por sí mismo será incapaz de investigar ulteriormente, porque desconocerá la perspectiva lógica que se le presenta en un orden inverso al que siempre se le ha enseñado.

Este método de enseñanza puramente deductiva, que caracteriza a la cultura latina, es muy peligroso para la acción, la invención y la aplicación; es cierto que constituye el mejor procedimiento de exposición o de demostración a posteriori, y se puede emplear como un recurso para aumentar el rendimiento de la enseñanza; pero sin perder de vista que por sí solo falsea el mecanismo mental del futuro hombre de acción.

Este procedimiento pedagógico, puramente lógico, desprecia deliberadamente el concurso de otras dos facultades para el equilibrio del espíritu humano y para la elaboración del criterio científico: la intuición y la experiencia, pues, sustituye a la iniciativa o al juicio personales, con los hábitos del espíritu puramente mecánicos (la memoria), así la realidad se deforma por una abstracción sistemática, y la aplicación se presenta como una ocasión para utilizar ciegamente las fórmulas establecidas a priori.

Nuestra enseñanza ha olvidado que la transformación psicológica, que tiende a efectuar en el espíritu de los educandos, está calcada, en cierto modo, del mecanismo natural de la evolución de la misma ciencia.

“Felizmente, escribe un autor, es falso que la ciencia crezca en proporción aritmética, pues la ciencia, como los organismos vivientes,

se reabsorbe al mismo tiempo que crece. Después de los períodos de adición vienen los períodos de condensación, se produce una síntesis que reúne todas las teorías y, por un maravilloso resultado del pensamiento, resulta el total más simple que cualquiera de las partes.”

Este principio sugiere la idea de un curso sintético: la idea no es nueva, Ampere ya había intentado aplicarla en el Colegio de Francia, y Augusto Comte lo esboza en su “Filosofía de las Ciencias,” desde la primera lección buscaba el medio de evitar los perniciosos efectos de la especialidad exagerada.

Está arraigado fatalmente en nuestro medio el procedimiento (no método), poco honorable, de enseñar a repetir un texto o a determinar una fórmula que pueda asimilarse a una receta, tal es su abstracción; maestros hay que hacen resaltar aun más esta especialización a fortiori, pues disertan sobre lo que no han visto, de lo que no han hecho y de aquello que jamás han aplicado...

Es excusable, si consideramos que después de enseñarnos la teoría de errores, arcanos de determinantes, misterios de Algebra superior y rompecabezas de Analítica, nos inician en el dominio de la mecánica, enseñándonos que las fuerzas son flechas imaginarias aplicadas a un punto inmaterial, que sirven para trazar paralelogramos y que no tienen ninguna relación en nuestro estudio con las potencias de la Naturaleza.

La razón para justificar la enumeración de estos vicios de constitución psicológica no es un sofisma: ahí están los métodos americanos de educación general y técnica para contestar cualquiera réplica. Con ellos se confirman con actos las nociones adquiridas cada día durante los diversos años del curso escolar. Los profesores sabiamente presentan a los alumnos las dificultades graduales que deben aprender a juzgar y a vencer; de esta manera el acto físico precede o acompaña al acto del pensamiento: las enseñanzas más abstractas para nosotros las presentan bajo formas materiales y concretas, y para asimilarlas necesitan tanto de la habilidad de las manos como de la vivacidad del pensamiento... franquear el pensamiento y el sentimiento de toda tutela, reduciendo gradualmente el papel del profesor con provecho de la responsabilidad del joven educando, tal es el objeto de la educación moderna.

La enseñanza naval militar es más compleja aún: comprende un campo en cierto modo enciclopédico, y una escuela de aplicación y, además, la razón de ser del Colegio Militar y de la Escuela Naval Militar no es la de implantar métodos, sino la de crear una doctrina: expresión que no debe interpretarse en el sentido absolutamente vano de una recopilación de fórmula, sino en otro muy fecundo, la formación del espíritu de los Oficiales, tal que adquieran en su estudio constante una comunidad de criterios y de pensamientos, lo mismo que manera idéntica de interpretar los hechos y las observaciones.

El mejor fruto que cosechó el Ejército durante la gran guerra, producto de la enseñanza militar, fué la unidad de concepción militar que permitió obtener la armonía en el mando y la victoria!

Al inculcar ese espíritu será preciso descubrir a los alumnos que el régimen arbitrario no sólo engendra todas las taras de poder sin control, sino que también fomenta los peores errores.

Se les hará comprender que el servicio de guardias, la instrucción militar, la práctica marinera, no son precisamente para hacer de ellos vigilantes o gavieros, sino que se quiere simplemente familiarizarlos con las dificultades diversas de la práctica del oficio, a fin de que cuando manden más tarde lo hagan con discernimiento y sólo den órdenes ejecutables.

Nuestros planteles no perderán de vista que son escuelas militares destinadas para formar Oficiales. En consecuencia, todos los que por cualquier título tomen parte en la educación de los alumnos, tendrán una preocupación dominante: crear y sostener piadosamente la atmósfera propicia especial para la gestación de la disciplina.

Nunca se recomendará bastante la enseñanza del culto de la disciplina a aquellos que en lo futuro tendrán el mandato de hacerla respetar por sus subordinados. La disciplina debe ser una segunda naturaleza, inconsciente en todos los actos y en todos los grados, pequeños o grandes, de la vida militar, para que así el militar sienta la noción de la unidad de mando como una necesidad vital. A este respecto, para la Marina es una necesidad apremiante cuando los Comandantes de unidades que se reúnen con frecuencia a las órdenes de otro de igual grado, comprendan que el princi-

pio de autoridad se sacrifica muchas veces para detrimento del prestigio de la Armada, a causa de esas perniciosas explosiones del atavismo individualista y particularista del temperamento nacional, insuficientemente combatido hasta ahora por la educación marinera; entonces ellos mismos perseguirán a la crítica capciosa con la crítica sana y con energía suficiente para desarraigarla hasta que no queden huellas de ese mal disgregante.

Paralelamente al culto de la disciplina, el curso sintético, admitido que se ha descartado el abuso del Algebra, que induce a creer con convicción testaruda que X iguala siempre a alguna cosa, se orientará para que con la colaboración indispensable del tiempo desarrolle la enseñanza técnica, de manera que los ya Oficiales tengan el buen sentido y el juicio que saben mirar y observar, que son aptos para asimilar lo que ven y que sean capaces, en una palabra, de apreciar la filosofía de las cosas y de los hechos.

Con este objeto, la enseñanza de la Historia y de la Geografía tendrá un lugar de preferencia; la primera no se concretará a las áridas citas anecdóticas y cronológicas; de la misma manera, la segunda sabrá evadir las descripciones estériles por lo puramente físicas.

La enseñanza de la Geografía hasta ahora ha hecho perder un tiempo precioso; los Oficiales del Ejército y la Marina la aprenden en mejor escuela como es la práctica de los viajes que les dejan un recuerdo imborrable; los esfuerzos de memoria para recitar la nomenclatura geográfica de un país o de un continente jamás perduran y nunca han sido de utilidad práctica.

La Historia y la Geografía deben ser objeto de una sola y única enseñanza en la cual se esforzarán por demostrar la transformación de pueblos, siguiendo sus evoluciones sucesivas, desde sus orígenes hasta los tiempos presentes; debe hacer comprender a los futuros Oficiales las causas profundas que impulsan a las naciones hacia su destino, de tal manera que no se repita el caso doloroso entre nosotros, de que hombres cultos y maravillosamente preparados para cumplir su deber como mexicanos ignoren que la República sufre una convulsión espantosa para ocupar el puesto que el destino le señala en el concurso de las naciones civilizadas, porque su cultura misma

está preñada de prejuicios inculcados en la escuela, en esa escuela que fatiga a la juventud para matar su iniciativa.

Ciencia es potencia. Esta breve sentencia define el criterio esencial de la evolución moderna. En la paz, como en la guerra, la ciencia se ha impuesto como el factor fundamental del progreso, como el coeficiente que realmente especifica la superioridad individual o social.

El hombre de acción, el realizador, no puede menos que sujetarse a este hecho, a esta ley evidente, para sacar de ella el mayor provecho en el sentido del mejoramiento individual y de la prosperidad nacional; pero para ello tendrá que adaptarse al medio y a la época: la ley funcional fundamental que rige todas las manifestaciones de la vida es indistintamente la ley de adaptación; adaptarse o morir, tal es la ley implacable que se impone para todas evoluciones individuales o colectivas. Obstinarsse en profesar doctrinas pacifistas, por generosas que sean, es marchar con los ojos cerrados a una muerte ignominiosa; también intentar refrenar el desarrollo del espíritu bajo la inspiración de un sentimentalismo timorato o de un idealismo inconsistente es exponerse a ser una presa fácil... la fuerza irresistible del pensamiento, la que mejor se adapta a las nobles tradiciones de nuestra raza nos mantendrá enérgicamente por la acción sobre el plano realista adonde debemos colocarnos atrevidamente, impulsados por las leyes de la concurrencia vital para defender nuestra existencia.

No en balde decíamos que la enseñanza naval militar es muy compleja: por la evolución natural de las cosas, el Ejército y la Marina se han llegado a considerar como un vasto campo de acción donde se elaboran los grandes descubrimientos constructivos o mortíferos que la presión del genio humano hace saltar de la naturaleza pasiva; donde la ciencia impersonal tiende más y más a substituir al valor individual, para decidir del éxito de las batallas, o cuando menos a aumentar su rendimiento en proporciones formidables.

Voces muy autorizadas lo pregonan en todos los tonos, en las inevitables guerras futuras el material vencerá al personal, y la ciencia triunfará del heroísmo; pero para ello el factor hombre, indispensable para la utilización de la materia, estará conformado para desempeñar esa misión, o, en otras palabras, deberá

tener conocimientos y carácter, sobre todo este último, porque es el elemento esencialmente dinámico para todos los actos de la vida.

La generalidad de los principios expuestos necesariamente debe radiar hacia afuera de los planteles donde norman la educación de los que el porvenir les reserva el honor de sostener muy alto el pabellón nacional; o bien, diremos que, sin militarizar, esa educación debe ser nacional en el sentido de propagar en todas las clases sociales el gusto de las cosas de mar y tierra, que los simulacros, los sports, las regatas y las reuniones sociales romperán esa indiferencia que hasta ahora ha contenido como un dique el desarrollo del amor patrio que no sólo debe enseñarse a profesar a los hombres de armas de tierra y mar.

Cuando así sea, los honorables miembros del Ejército y Armada Nacionales, en pleno

ejercicio de su noble y abnegada misión, no perderán de vista que el Ejército y la Marina constituyen una fuerza nacional y no una institución de beneficencia, para que serenamente y a nombre de la Patria eliminen implacablemente a los que hayan cometido el error de enrolarse en una institución que deben integrar hombres saturados de voluntad para la acción, soldados; o cuando el tiempo, o sus hechos, o sus convicciones, les resten facultades para oficiar en aras de la República.

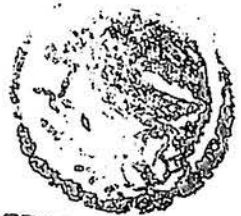
“No se rompe con la tradición (nos han predicado), por el solo hecho de cambio de local y de fecha; pero para ello es de la más alta importancia que nuestros gloriosos planteles, el grandioso Colegio Militar y la modesta Escuela Naval Militar, no surjan sobre cimientos de arena o de polilla....

---

## ACLARACION

A petición del señor F. Cummins, editor del “National Defence Quarterly,” de Ottawa, Canadá, hacemos constar que el artículo que

publicamos en nuestro número del pasado junio, intitulado “Elementos del Caballista Militar,” fué traducido de esa importante revista.



SECRETARIA DE MARINA  
 CENTRO DE HISTORIA  
 Y CULTURA NAVAL  
 BIBLIOTECA CENTRAL